

Como acceder a la Verdad: Ciencia-Naturaleza-Conciencia*

1. La verdad en la Posmodernidad

A partir de la década de los ochenta, el existencialismo sartriano, pesimista y desesperado, de primera mitad del siglo, reapareció de algún modo en una nueva versión del pensamiento de Nietzsche, depurada de las consecuencias sociales y políticas. Se le conoce como filosofía posmoderna, porque se presenta como la disolución de la modernidad, que nació en el Renacimiento, se continuó principalmente en el racionalismo del siglo XVII y se desarrolló en el movimiento cultural de la Ilustración, y que culminó en los humanismos ateos del siglo pasado y de la primera mitad del actual.

Como ha indicado Ricardo Yepes: "El resultado vino a ser un pensamiento que podemos llamar nihilista, puesto que niega, no sólo el sentido de la vida humana, sino también la libertad, la filosofía misma y, en general, todo". Se presenta como la consumación del nihilismo, de la afirmación del total sinsentido de la realidad, de la negación de los valores supremos, y así ya nada es verdad. La posmodernidad profesa el escepticismo, porque declara la "muerte de la verdad". No hay verdad ni en las facultades humanas ni en la realidad. Consecuentemente: "Decreta el fin de la moral, de la razón, del imperio de la técnica, de la Ilustración, de la política, de la modernidad, de la objetividad, de la subjetividad, del hombre, de la verdad, del bien y del mal, y en definitiva del discurso inteligible y, en el fondo, de sí misma. es una postura que se autodisuelve en una 'deconstrucción' interminable".

Podría decirse que: "Esta filosofía posmoderna es un *escepticismo* un poco de salón, al que se le añade una cierta filosofía del absurdo, e incluso de cinismo. En tales casos prolonga, en una versión demasiado *light*, un conjunto de filosofía, literatura, arte, teatro y actitudes vitales que a lo largo del siglo XX no

* Texto de la conferencia pronunciada el día 22 de julio de 1996, durante la VII Edición Universidad de Verano de Pastoral Universitaria de Valencia, dirigida por D. José Luis Sánchez García, Delegado Episcopal de Pastoral Universitaria del Arzobispado de Valencia, que tuvo lugar en Toro (Zamora), los días 21 al 30 de julio.

han cesado de aparecer en tonos de *pesimismo* vital y angustia existencial".¹

Al iniciarse este siglo escribía José Torras y Bages, el eminente pensador tomista español: "Las dos grandes enfermedades, que sufre el espíritu moderno y que provienen de la duda, son el *escepticismo* y el *pesimismo*, y ellas constituyen para los idólatras de la duda, el argumento *ad absurdum* en contra de su oscuro ideal. Ni el escepticismo ni el pesimismo son dos sistemas de vida, sino dos caminos que llevan a la muerte, de amargura, de tristeza y de desesperación".²

La duda, o la falta de confianza en las facultades de conocimiento, sería una: "Especie de divinidad de muchos modernos, cantada por la poesía, hecha fuente de inspiración para las Artes". Añade Torras y Bages que: "La duda es la situación ínfima del espíritu. No es nada, ni afirmación ni negación: no tiene substancia, y por esto es estéril, es una carencia de existencia, mejor dicho, no llega a la existencia porque es una debilidad del espíritu, que no ha tenido fuerza para producir la afirmación".³ Como explica más adelante: "La afirmación de la Verdad es luz, la negación es tinieblas; la duda a lo más es un indeciso crepúsculo que no puede durar, ha de acabar en noche o en día".⁴

No puede vivirse en el crepúsculo, en la indecisión. "Al principio, Dios separó en el mundo físico la luz de las tinieblas; en la plenitud del tiempo, Jesucristo separó la luz de las tinieblas en el mundo moral; pero una época de duda significa mezcla de luz y tinieblas, confusión, de consiguiente, falta de organización social, porque la duda no es susceptible de organización, ni principio de edificación; nadie edifica sino en firme, y la vida humana, que es una gran realidad, no puede fundarse en una incertidumbre".⁵

Advertía también que: "La duda no puede producir nada viable, por esto la época de la duda, nuestra época, es inconsistente, de instituciones efímeras; ninguna de ellas puede arraigar porque están edificadas sobre una tierra move-diza. Bajo el imperio social de la duda, el carácter de los hombres se vuelve versátil, impide la seriedad y la constancia de la vida, porque la duda no tiene principios; no tiene principios ni fin, no tiene una finalidad u objeto, siempre se queda en alto, en situación inestable, en desequilibrio, por esto en épocas de duda surgen tantos *desequilibrados*".⁶

Como si adivinara el futuro del siglo que había comenzado, afirmaba que: "La duda es la oscuridad, las tinieblas del entendimiento; la luz intelectual es inconciliable con la duda (...) y los mundanos que quieren vivir con la duda, encuentran la amargura de la vida, el gran vacío de la duda, el *nihilismo*".⁷ Esta enfermedad, cuyo origen no está en la miseria material, como se podría creer, sino en una "miseria espiritual", aniquila al que la sufre. "El *escepticismo* y el *pesimismo*, y hasta el anarquismo *nihilista*, que es la fórmula práctica de los

1. RICARDO YEPES, *¿A dónde va la Filosofía? Panorama del pensamiento contemporáneo*, en "Palabra" (Madrid), 376 (1996), pp. 70-75, p. 74.

2. JOSÉ TORRAS Y BAGES, *La eterna afirmación*, en Idem, *Obras completas*, Editorial Ibérica, Barcelona, 1919-1927, vols. 10, vol. I, pp. 161-183, p. 166.

3. *Ibid.*, p. 165.

4. *Ibid.*, p. 175.

5. *Ibid.*, p. 176.

6. *Ibid.*, p. 165.

7. *Ibid.*, pp. 165-166.

dos, no es otra cosa que gritos dolorosos y desesperados de miembros del cuerpo social, que yacen en la violenta posición de la duda, no pueden aguantar tal posición, y se lanzan a la mayor de las negaciones, a la destrucción universal”.

Notaba que ya entonces estaba muy extendida: “Pues el pesimismo moderno, que no sólo tiene sus filósofos y artistas, sino que flota en la atmósfera social, se le tiene como un refinamiento de la civilización y se manifiesta en las costumbres de la vida, en las publicaciones de la literatura, y hasta en los actos gubernamentales”. Sin embargo, concluía: “Este pesimismo es un veheméntísimo argumento contra la excelencia de la duda que produce tales efectos destructivos de la naturaleza humana”.⁸

2. La verdad hermenéutica

En cambio, también en Europa, pero en el ámbito alemán, continuando la línea de Heidegger, la hermenéutica actual afirma la existencia de la verdad, aunque niega que haya alguna verdad objetiva, absoluta. Lo que no quiere decirse que sostenga que la verdad sea subjetiva, ni relativa. El subjetivismo y el relativismo tienen sentido desde el ideal de objetividad y absolutez. No se pueden conocer la cosas en sí mismas. El hombre esta situado, en la historia, en una cultura, en una lengua y solo conoce cualquier realidad desde su situación, desde su perspectiva. Tampoco conoce el fenómeno, porque éste es considerado simplemente como uno de los modos de darse la realidad.

La *cosa misma* se me da en su *fenómeno*. Las verdades son la revelación de unos aspectos de la cosa y el ocultamiento de otros. Como explica Gadamer: “No son relativas en el sentido de que pudiera oponérseles el mundo en sí, como si la acepción correcta del mundo pudiera alcanzar su ser en sí desde alguna posible posición exterior al mundo del lenguaje humano (...) Toda acepción del mundo se refiere al ser en sí de este. El es el todo al que se refiere la experiencia esquematizada lingüísticamente. La multiplicidad de tales acepciones del mundo no significa relativización del mundo. Al contrario, lo que el mundo es no es nada distinto de las acepciones en las que se ofrece”.⁹

Se accede a esta verdades por la *experiencia*. La verdad se experimenta como la belleza de una obra de arte. De ahí que no exista la falsedad. La experiencia se da o no se da. Siempre es verdadera. No hay experiencias falsas, pero puede darse la no experimentación. Para tener la experiencia es preciso ser un “entendido”, formarse y sólo las repetidas experiencias preparan para ello. No hay interpretaciones verdaderas o falsas, únicamente *diferentes*. La verdad se da en experiencias diferentes, que en realidad son un *diálogo* -interior, consigo mismo, o exterior con el otro o con el mundo- aunque tampoco hay veracidad, porque las experiencias no se pueden comunicar totalmente con el lenguaje.¹⁰

La verdad es *representación*. No se significa con ello que sea una copia, una adecuación de la realidad. “La palabra representación puede significar dos cosas. Primero, la Venus de Milo está presente en el *Louvre* de Paris y está representada (en sus copias o reproducciones) en los museos de Barcelona, Madrid...

8. *Ibid.*, p. 166.

9. GADAMER, *Verdad y método*, Salamanca, 1977 p. 536

10. Véase: JUAN PEGUEROLES: *El lenguaje de la hermenéutica en Gadamer*, en “Espíritu”, 44 (1995), pp. 65-70, p. 67.

Segundo, Hamlet no está presente en ninguna parte y se representa en los teatros de Barcelona, Madrid... En el primer caso, la palabra representación supone una presencia anterior. En el segundo, no hay presencia anterior a la representación. En el primero, la representación depende del original. En el segundo, la representación es original. El significado hermenéutico de la palabra representación es el segundo".¹¹

La verdad queda así identificada con el sentido. "Tradicionalmente el sentido no es la verdad. Primero capto el sentido: 'hay doce planetas', y después compruebo si es verdadero. Comparo el sentido con la realidad, para saber si es verdad (siempre el esquema modelo-copia). En la hermenéutica no hay distinción de sentido y verdad. La verdad es el *sentido*".¹² Lo que conlleva que sea también *individual*. "La verdad hermenéutica sólo es verdad, si es verdad para mí (...) La verdad hermenéutica sólo es verdad si me la apropio, si me la aplico".¹³

La realidad se da en sus modos de darse, desde nuestra situación y nuestra experiencia, y como estas van cambiando, todo conocimiento será nuevo, revelará aspectos nuevos de la realidad. Este conocimiento será como una creación de sentido. Como dice Gadamer "La interpretación no es mera reproducción (repetición) de sentido, sino que es como una *creación de sentido*".¹⁴

Cada sentido que se da a algo es como un modo de darse su verdad. Así, por ejemplo, no hay sentido total de *Hamlet*. En cada representación se hace presente todo *Hamlet*, pero no hay uno y todo *Hamlet*. Se hace presente todo de un modo. El *Hamlet* total no está presente en ninguna parte. El *Hamlet* ideal, un infinito-indeterminado-inagotable, en cada representación se hace presente uno real. No hay representación de Hamlet, que se convierta en ideal o modelo. Como esta representación, la: "Verdad no es definitiva. No en el sentido de que un día dejará de ser verdad, sino en el sentido de que en otra época, en otra situación, la misma verdad será vista *de otra manera* (identidad y diferencia). Estas diferentes maneras finitas de darse la misma verdad manifiestan el infinito de sentido que hay en ella".¹⁵

La verdad hermenéutica no es la verdad hegeliana, resultado de un progreso, pero es *histórica*. Si las verdades son históricas, también son, por tanto, *finitas*. Por ser un modo de darse, desde su situación o condicionamiento histórico y lingüístico, la verdad nunca es absoluta. No proporciona un saber total. Lo que representaría la condena a la repetición de lo mismo. En cambio, la verdad hermenéutica por ser finita es creativa. "Esta finitud es una riqueza. Los modos de darse de una gran obra de arte son infinitos. Nunca llegaremos al término de nuestra experiencia de la Novena sinfonía o del Quijote".¹⁶

La hermenéutica de Gadamer no es una negación de la verdad. "Afirma la verdad y la historia: la verdad es histórica, pero es verdad". Además: "No niega

11. JUAN PEGUEROLES, *Presencia y representación. Hermenéutica y metafísica en Gadamer*, en "Espíritu" (Barcelona), 42 (1993), pp. 5-24, p. 7.

12. Idem, *El ser y la verdad en la hermenéutica de Gadamer*, en "Espíritu", 43 (1994), pp. 5-20, p. 12.

13. Idem, *La verdad hermenéutica en cuatro palabras*, en "Espíritu", 44 (1995), pp. 221-223, p. 222.

14. GADAMER, op. cit., p. 566.

15. JUAN PEGUEROLES, *La verdad hermenéutica en Gadamer*, en "Espíritu", 43 (1994), pp. 125-136, p. 135.

16. Idem, *La verdad hermenéutica en cuatro palabras*, op. cit., p. 222.

el infinito, afirma que sólo se da en lo finito (el infinito de sentido sólo se da de modo finito en cada comprensión)".¹⁷

3. *La trascendencia de la verdad*

Podría decirse que la verdad hermenéutica queda situada entre la verdad absoluta de Hegel y la negación de la verdad de Nietzsche, y que por tanto, se cae en el *relativismo*. En cualquier caso, parece que esta doctrina de alguna manera dé razón a lo que, en nuestros días, se tiende a aceptar como un postulado: el que todo sea opinable.

Desde esta postura muchas veces se juzga a la admisión de la verdad como dogmatismo, sectarismo, fanatismo o fundamentalismo. Así por ejemplo, en un texto dedicado a Santo Tomás, de Umberto Eco se lee: "Santo Tomás proporcionó al pensamiento católico un arsenal tan completo, en el que todo encuentra lugar y explicación, que desde entonces dicho pensamiento ya *no aportará nada más*. A lo sumo con la escolástica de la contrarreforma, reelaborará el pensamiento de Tomás (...) Pero Tomás ya no podrá tocarse más. Aquello que en Tomás era ansia constructora de un sistema nuevo, en la tradición tomista se vuelve vigilancia conservadora de un sistema intocable. Allí donde Tomás ha derribado para volver a construir de nuevo, el tomismo escolástico trata de no tocar nada y realiza prodigios de equilibrio seudotomistas para hacer entrar lo nuevo dentro de la trama del sistema de Tomás".¹⁸ Juicios que presuponen que el Aquinate no pudo encontrar auténticas verdades que legar a los siglos venideros, o que la verdad es relativa a cada época.

Además, parece que la actitud relativista se corresponda a los sistemas políticos democráticos, como si la verdad viniese determinada por la mayoría o fuese el resultado de los consensos políticos y que, por ello, esta variable verdad pudiese ser utilizada para fines de poder. Desde esta perspectiva todo es juzgado como opinable. No hay validez no relativa, sino que todo son opiniones.

No obstante, cuando la verdad se presenta con evidencia, inmediata o mediata, ya no se da la opinión, sino la certeza. No se presenta como cambiante ni subjetiva, sino con un carácter universal y trascendente. Se preguntaba San Agustín: "Si los dos vemos que es verdad lo que dices, y asimismo vemos los dos que es verdad lo que yo digo, ¿en dónde, pregunto, lo vemos? No ciertamente tú en mí ni yo en tí, sino ambos en al misma inmutable verdad, que está sobre nuestras mentes".¹⁹ Como también decía en otro lugar: "No sea la verdad ni mía ni tuya, para que sea tuya y mía".²⁰

Por trascender el nivel natural y humano, la verdad puede compartirse plenamente por todos. "Tenemos pues en la verdad un tesoro del que todos gozamos igualmente y en común: ningún sobresalto, ningún efecto menoscaba este gozo (...) Nada de lo que de ella participas conviertes en algo exclusivamente tuyo, sino que todo lo que de ella tomas queda íntegro también para mí. Lo que a ti te inspira, no espero que vuelva de tí para inspirármelo a mí, porque nada de la

17. Idem, *La verdad hermenéutica en Gadamer*, op. cit., pp. 134-135.

18. UMBERTO ECO, *Elogio de Santo Tomás*, en Idem, *La estrategia de la ilusión*, Barcelona, Editorial Lumen, 1974, pp. 355-367, p. 366.

19. SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, XII, 25, 35.

20. Idem, *In Ps.* 103, II, 11

verdad se convierte nunca en cosa propia de algunos o varios, sino que simultáneamente es toda común a todos".²¹

La verdad, que es definitiva, trasciende al hombre. Por ello, no le es posible muchas veces conocerla con la suficiente claridad en todos los ámbitos. No siempre el hombre puede tener una certeza absoluta, pero en muchos casos posee un firme asenso a la verdad. Por consiguiente, es necesario establecer la distinción entre las *verdades parciales* alcanzadas por el hombre y las verdades absolutas que siente que se le imponen a su mente de un modo natural. No toda verdad alcanzada por el hombre es, por tanto, inestable y provisional.

Igualmente hay que restablecer la diferencia entre el *orden de la aplicación* concreta de los principios generales, que puede cambiar, porque van siendo distintas las circunstancias y porque puede hacerse de varios modos posibles, y el orden de los principios, que, por ser inmutables y permanentes, no son opinables. Ante la actual imposición de ideas pasajeras, sujetas a los vaivenes de la moda, el discernir lo verdadero de lo falso y de lo opinable, tiene una importancia extraordinaria.

La verdad existe y su existencia es evidente. El mismo hecho de la duda lo prueba. Como descubrió San Agustín, el mismo dudar es posible, porque quien duda tiene ya alguna verdad. Es imposible la duda universal, porque el mismo dudar está arraigado en la verdad. El hombre: "Si duda, vive; si duda, recuerda su duda; si duda, entiende que duda, si duda, quiere estar cierto; si duda, piensa; si duda, sabe que nos sabe; si duda, juzga que no conviene asentir temerariamente. Y aunque dude de todas las demás cosas, de estas jamás debe dudar, porque si no existiesen, sería imposible la duda".²²

La duda implica, por tanto, el apoyo en unos conocimientos verdaderos, en unas verdades indudables. "Quien duda, pues, de la existencia de la verdad, en sí mismo halla una verdad, en que no puede mellar la duda. Pero todo lo verdadero es verdadero por la verdad. Quien duda, pues, de algún modo, no puede dudar de la verdad".²³ Notaba, por ello, Balmes que: "Los filósofos se hacen la ilusión de que comienzan por la duda, nada más falso, por lo mismo que piensan, afirman, cuando no otra cosa su propia duda, por lo mismo que raciocinan, afirman el enlace de las ideas, es decir, de todo el mundo lógico".²⁴

También afirmaba Santo Tomás que: "Es evidente que existe la verdad, porque quien niegue su existencia concede que existe, ya que si la verdad no existiese sería verdad que la verdad no existe, y claro está que si algo es verdadero, es preciso que exista la verdad".²⁵ Este argumento muestra la necesidad de afirmar la existencia de la verdad por la misma coherencia del pensar. Puede decirse que la proposición la "verdad existe" es evidente para el entendimiento. Tal es la vinculación del pensar con la verdad, que: "Nadie puede pensar que la verdad no existe, porque si pudiese no existir, se seguiría que al verdad existe, ya que si la verdad no existe es verdadero que no existe la verdad".²⁶

21. Idem, *Confesiones*, XII, 4, 37.

22. Idem, *De trinitate*, X, 10, 14.

23. Idem, *De vera religione*, 39, 73.

24. JAIME BALMES, *Filosofía fundamental*, en IDEM, *Obras completas*, Madrid, BAC, 1949, 8 vols, vol. II, I2, 8, p. 16.

25. SANTO TOMÁS, *Summa Theologiae*, I, q. 2, a. 1, ob. 3.

26. Idem, *De veritate*, q. 10, a. 12, ob.3.

El escéptico o el relativista tiene que aceptar, por consiguiente, como mínimo, las siguientes tesis, porque son evidentes inmediatamente en sí mismas, de tal manera que no se puede dudar de ellas, o negarlas, porque la misma duda o negación las supone: existe la verdad; es absoluta, objetiva y trascendente al hombre; la inteligencia humana puede, aunque limitadamente, conocerla; y además es capaz de distinguirla de su carencia, el error y el mal.

Además, si no se admiten, podríamos preguntarnos qué sentido tendría conservar la investigación, incluida la misma investigación filosófica, incluso las que han dado como resultado las tesis hermenéuticas. Si no se cree en la posibilidad del acceso a la verdad, la investigación y toda la tarea científica, y hasta la docencia universitaria, estarían de más.

4. *El fanatismo y la intolerancia.*

La misma coherencia del pensar y del actuar humanos exigen que el hombre no pueda ser agnóstico respecto a la verdad. Su afirmación objetiva no es dogmatismo, o fanatismo. Como explicaba Jaime Balmes, el *fanatismo* es “Una viva *exaltación* del ánimo fuertemente señoreado por alguna opinión, o falsa o exagerada”. Respecto a la verdad no se da el fanatismo, aunque sea muy grande el entusiasmo que suscite. Hay entonces: “Entusiasmo en el ánimo y heroísmo en la acción, pero fanatismo no: de otra manera los héroes de todos los tiempos y países quedarían afeados con la mancha de fanáticos”.

El fanatismo siempre está conexasiónado con el error y el mal. Si a veces la afirmación de una tesis verdadera va acompañada de fanatismo, en realidad, éste lo es con respecto a los medios que se utilicen para mantenerla o defenderla, pero: “Por entonces ya existirá también un juicio errado, en cuanto se cree que la opinión verdadera autoriza para aquellos medios, es decir, que habrá error o exageración”. No hay ningún tipo de fanatismo, si los medios, que se emplean para defender la verdad, son legítimos y oportunos.

Hay tantos tipos de fanatismo como clases de error. “Tomado el fanatismo con toda esta generalidad se extiende a cuantos objetos ocupan al espíritu humano, y así hay fanáticos en religión, en política y hasta en ciencias y literatura”.²⁷ En sentido propio se aplica a lo religioso. “Por esta causa el solo nombre de fanático, sin ninguna añadidura, expresa un fanático en religión; cuando, al contrario, si se le aplica con respecto a otras materias debe andar acompañado con el apuesto que las califique: así se dice fanáticos políticos, fanáticos en literatura y otras expresiones de este tenor”.²⁸

Comenta el pensador español que: “No cabe duda que, en tratándose de materias religiosas tiene el hombre una propensión muy notable a dejarse dominar de una idea, a exaltarse de ánimo en favor de ella, a transmitirla a cuantos le rodean, a propagarla luego por todas partes, llegando con frecuencia a empeñarse en comunicarla a los otros, aunque sea con las mayores violencias”. También ocurre en los otros fanatismos, pero no con la misma virulencia.

Explica, seguidamente que: “Acontece en esta pasión lo propio que en las demás, que si producen los mayores males es sólo porque se extravían de su

27. JAIME BALMES, *El protestantismo comparado con el catolicismo*, en Idem, *Obras completas*, op. cit., vol. IV, VIII, p. 81.

28. Ibid., pp. 81-82.

objeto legítimo, o se dirigen a él por medios que no están de acuerdo con lo que dictan la razón y la prudencia, pues que, bien observado, el fanatismo no es más que el *sentimiento religioso extraviado*, sentimiento que el hombre lleva consigo desde la cuna hasta el sepulcro y que se encuentra esparcido por la sociedad en todos los períodos de su existencia”.

Precisamente: “Como este sentimiento es tan fuerte, tan vivo, tan poderoso a ejercer sobre el hombre una influencia sin límites, apenas se aparta de su objeto legítimo, apenas se desvía del sendero debido, cuando ya produce resultados funestos; pues que se combinan desde luego dos causas muy a propósito para los mayores desastres, como son: absoluta ceguera del entendimiento y una irresistible energía en la voluntad”.²⁹ A pesar de ello, como advierte también Balmes: “El fanatismo (...) es ciertamente una llaga muy profunda y de mucha gravedad; pero no tiene, sin embargo, un carácter tan maligno y alarmente como al incredulidad y la indiferencia religiosa, males funestos”.³⁰

El respeto a la dignidad de la persona humana exige el de su derecho a la libertad. No obstante, como la libertad requiere el conocimiento de la verdad, el respeto a este derecho comporta el *proponer siempre la verdad*, que se ha descubierto. No se puede renunciar a presentar la verdad, que da a conocer la razón humana, ejercida adecuadamente, en nombre de la libertad. Por el contrario, sin la verdad, la misma libertad desaparece, víctima de condicionamientos externos e internos.

El derecho, basado en el correspondiente deber, de afirmar absolutamente la verdad, no implica tampoco la *intolerancia*. Como el mismo Balmes indicaba, la tolerancia es “El sufrimiento de una cosa que se conceptúa mala, pero que se cree conveniente dejarla sin castigo (...) la idea de tolerancia anda siempre acompañada de la idea de mal (...) Tolerar lo bueno, tolerar la virtud, serían expresiones monstruosas. Cuando la tolerancia es en el orden de las ideas supone también un mal del entendimiento: el error. Nadie dirá jamás que tolera la verdad”.³¹

Sin embargo, se podría objetar que, por el contrario, se dice generalmente que hay que “*tolerar las opiniones*”.³² A ello, hay que responder: “Cuando decimos que toleramos una opinión hablamos siempre de opinión contraria a la nuestra. En este caso la opinión ajena es en nuestro juicio un error”. Por tanto, se tolera algo considerado erróneo.

No obstante, añade Balmes: “Si nuestra opinión no pasa de tal, es decir, si

29. *Ibid.*, p. 82.

30. *Ibid.*, IX, p. 87.

31. *Ibid.*, p. 341-342. Como ha indicado Victorino Rodríguez: “Sólo cuando el rechazo del mal resulta más nocivo que sufrirlo o tolerarlo, el juicio prudencial da preferencia a la moderada tolerancia del mismo; o sea, que la tolerancia del mal sólo es valorable indirectamente, para no impedir mayores bienes o no provocar mayores males”. (VICTORINO RODRÍGUEZ, O.P., *Qué es es tolerancia*, en “Verbo” (Madrid), XXXV/343-344 (1996), pp. 235-238, p. 236). Precisa el emniente profesor que: “La tolerancia del mal no significa en ningún caso opción positiva por el mismo, como algo a obrar personalmente; es soportar la acción mala de otro o de otros, sin implicación positiva propia. Jamás puede traducirse lícitamente la tolerancia del mal por opción del mal menor” (*Ibid.*, p. 237).

32. “Tratándose de actitudes intelectuales, culturales socio-políticas, religiosas, es fácil comprender que más que de tolerancia (del mal) se trata de comprensión, liberalidad, actitud solidaria con los desiguales, respeto de otras opiniones no totalmente compartidas, pero tampoco totalmente intolerables” (VICTORINO RODRÍGUEZ, O.P., *Qué es es tolerancia*, op. cit., p. 237).

el juicio, bien que afianzado en razones que nos parecen buenas, no ha llegado a una completa seguridad, entonces nuestro juicio sobre el error de los otros será también una mera opinión; pero si llega la convicción a tal punto que se afirme y consolide del todo, esto es, si llegamos a la certeza, entonces estaremos también ciertos de que los que forman un juicio opuesto yerran”.

Podría parecer, puesto que es un deber moral el respetar las opiniones de los demás, que hay que respetar también los errores. No es así, porque: “El respetar las opiniones puede tener dos sentidos muy razonables. El primero se funda en la misma flaqueza de convicción de la persona que respeta, porque cuando sobre un punto no hemos llegado a más que formar opinión se entiende que no hemos llegado a certeza, y, por tanto, en nuestra mente hay el conocimiento de que existen razones por la parte opuesta. Bajo este concepto podemos muy bien decir que respetamos la opinión ajena, con lo que expresamos la convicción de que podemos engañarnos y de que quizás no está la verdad de nuestra parte”. En este sentido no respetamos el error, porque se *desconoce dónde ésta*. “Segundo, respetar las opiniones significa a veces respetar las personas que las profesan, respetar la buena fe, respetar sus intenciones”.³³ Lo que no es respetar un error.

Los errores, como todos los males, no se respetan, sino que se toleran. Por ello: “Se llama tolerante un individuo cuando está habitualmente en tal disposición de ánimo que soporta sin enojarse ni alterarse las opiniones contrarias a la suya”. La tolerancia no implica el agnosticismo o el relativismo. Como señala Balmes: “No dimana de la flojedad en las creencias”; y además: “se enlaza muy bien con un ardiente celo”.³⁴

No se exige, con la tolerancia, la renuncia a la afirmación de verdad y validez, una actitud escéptica o de indiferencia, porque su objeto es lo erróneo, lo contrario de lo cierto. “La tolerancia, pues, no supone en el individuo nuevos principios, sino más bien una calidad adquirida con la práctica, una disposición de ánimo que se va adquiriendo insensiblemente, un *hábito* de sufrir formado con la repetición del sufrimiento”.³⁵

Tampoco la certeza de la verdad es contraria a la *actitud de apertura*. También desde la verdad, que no se impone nunca ni conduce a esquemas rígidos, se pueden comprender y valorar los logros y las desviaciones de distintas posiciones. Se atiende atenta y respetuosamente a todo cuanto se ha dicho y se dice, para confrontarlo con la realidad, lo objetivo. Santo Tomás creía que el hombre debe abrirse a la realidad, a la verdad, y en ella encuentra la seguridad y la-

33. Ibid., p. 342. Cuando la opinión va no se tiene como tal, sino como certeza la actitud es distinta. Como explica el Dr. Victorino Rodríguez: “Es igualmente evidente que el ámbito de lo opinable en los asuntos humanos es inmenso, pero que también son amplios los dominios de verdades ciertas, al menos para las mentes bien formadas. En estas situaciones de actitudes distintas no claramente inmorales, una actitud intransigente o intolerante resultaría poco prudente, poco humana, poco civilizada. Es ésta una acepción bastante corriente entre gente bien dispuesta o intencionada” (VICTORINO RODRÍGUEZ, O.P., *Qué es es tolerancia*, op. cit., pp. 237-238). Precisa también que tiene unos límites: “Este respeto o tolerancia obsequiosa no debe traspasar la raya del indiferentismo ético, del igualitarismo liberal, del pasotismo, del amoralismo, porque siempre habrá actitudes ni tolerables ni respetables, ni privada ni públicamente, tales como el terrorismo, el aborto, la eutanasia...” (Ibid., p.238).

34. Ibid., p. 343.

35. Ibid., p. 345.

confianza y hasta el optimismo, porque: “La verdad es fuerte en sí misma y no puede ser abatida por ninguna objeción”.³⁶

El pensar objetivo exige la apertura a toda la realidad, sin particularismos ni reducciones, sin absolutizaciones de lo parcial, de un modo integral. Teniendo siempre en cuenta que: “Como los seres se diferencian mucho entre sí en naturaleza, propiedades y relaciones, el modo de mirarlos y el método de pensar sobre ellos han de ser también muy diferentes”.³⁷ Esta actitud lleva también a la apertura de todo pensamiento, al diálogo intelectual. La verdad no requiere el distanciamiento de los que no piensan igual, sino al *diálogo*.³⁸

En todo diálogo, se deben, en primer lugar, *atender* las otras posiciones, que deben ser conocidas incluso con gran claridad, tanto en sus argumentaciones como en su misma fuerza convincente.³⁹ En segundo lugar, es preciso también expresar lo pensado, aclarándolo y al mismo tiempo mostrando su verdad. Una polémica no supone la renuncia a la verdad, sino el mantenimiento de un profundo respeto a las personas con quienes se discute, que lleva precisamente a *apelar a su razón*, para lograr el entendimiento mutuo. Advierte Balmes que: “La caridad nos hace amar a nuestros hermanos, pero no nos obliga a reputarlos por buenos si son malos”.⁴⁰

La caridad no comporta un compromiso con lo no verdadero, sino la audacia de juzgarlo y de proclamar clara y sencillamente la verdad, pero nunca con encono o antipatía. En todo diálogo, debe procurarse tratar al otro con indulgencia y benevolencia. Sin despreciarle o herirle, sin humillarle y procurando hallar y valorar la parte de verdad que presenta. Como aconseja Balmes: “Cuando se trata de convencer a otros, es preciso separar cuidadosamente la causa de la verdad de la causa del amor propio. Importa sobremanera persuadir al contrincante de que cediendo nada perderá en reputación. No ataquéis nunca la claridad y perspicacia de su talento, de otro modo se formalizará el combate, la lucha será reñida, y aun teniéndole bajo vuestros pies y con la espada en la garganta no recabareis que se confiese vencido”.⁴¹ De este modo se le reconoce como un acompañante en la búsqueda de la verdad.

36. SANTO TOMÁS, *Contra Gentes*, IV, 10.

37. JAIME BALMES, *El Criterio*, op. cit., 12, p. 616.

38. Como observa Balmes: “Desgraciadamente, el conocimiento de los hombres es uno de los estudios más difíciles, y por lo mismo es tarea espinosa el recoger los datos precisos para acertar” (Ibid., 7, p. 590). De ahí que no puedan hacerse juicios temerarios. “Nada más arriesgado que juzgar de una acción y sobre todo de la intención por meras apariencias; el curso ordinario de las cosas lleva tan complicados los sucesos, los hombres se encuentran en situaciones tan variadas, obran por tan diferentes motivos, ven los objetos de maneras tan distintas, que a menudo nos parece un castillo fantástico lo que, examinado de cerca y con presencia de las circunstancias, se halla lo más natural, lo más sencillo y arreglado” (ibid., 7, p. 568).

39. Advierte Balmes que: “Debemos cuidar mucho de despojarnos de nuestras ideas y afectos y guardarnos de pensar que los demás obrarán como obraríamos nosotros (...) con nadie vivimos más íntimamente que con nosotros mismos, y hasta los menos amigos de concentrarse tienen por necesidad una conciencia muy clara del curso que ordinariamente siguen su entendimiento y voluntad. Preséntase un caso, y no atendiendo a que aquello que pasa en el ánimo de los otros, como si dijésemos en tierra extranjera, nos sentimos naturalmente llevados a pensar que deberá de suceder allí lo mismo, a corta diferencia, que hemos visto en nuestra patria” (ibid., 7, pp. 591-592).

40. Ibid., 7, p. 592, nota. Añade que la caridad: “No nos prohíbe el sospechar de ellos cuando hay justos motivos, ni nos impide el tener la cautela prudente, que de suyo aconseja conocer la miseria y la malicia del humano linaje” (Ibid.).

41. Ibid., 14, p. 639

El juicio de las posiciones, que no pueden ser asumibles por su falta de verdad, se fundamenta en el convencimiento de que el estar en la verdad es un bien para la persona, de que el sometimiento de la libertad a la verdad permite conseguir el bien. La mera libertad, sin la referencia de la verdad, no conduce al verdadero bien del hombre. Pretende establecer autonomamente lo que está bien e incluso lo que es verdadero. Sin embargo, sólo la verdad salva a la persona de la ignorancia y del mal, y le hace, por ello, auténticamente libre. Verdad, libertad y bondad están esencialmente unidas.

5. *Los accesos a la verdad*

En otra obra explica Balmes que: “Los medios con que percibimos la verdad son de varios órdenes, lo que hace que las verdades mismas percibidas correspondan también a órdenes diferentes paralelos, por decirlo así, con los respectivos medios de percepción”.⁴² El hombre accede o capta las verdades por tres medios: la *conciencia*, la *evidencia* y el *sentido común*, que son así verdades *subjetivas*, verdades *racionales* y verdades *objetivas*. Por medio de ellos se posee la certeza o un “firme asenso”.⁴³

Por medio de la *conciencia* captamos todo lo que pasa en nosotros, sentimos lo que nos es íntimo, “todo lo que experimentamos en nuestra alma, todo lo que afecta a lo que se llama el yo humano, ideas, pensamientos de todas clases, actos de voluntad, sentimientos, sensaciones, en una palabra, todo aquello de que podemos decir: lo experimento”.⁴⁴ La conciencia es subjetiva. No nos pone en contacto con la realidad, porque su función es la señalar o presentar hechos. “El hecho de conciencia, considerado en sí mismo, prescinde de relaciones, no es nada más que él mismo, no conduce a nada más que a sí mismo; es la presencia del acto o de la impresión, o más bien es el acto mismo, la impresión misma que están presentes al espíritu”.⁴⁵

La conciencia es el punto de partida de todos nuestros conocimientos y nos proporciona una certeza absolutamente indubitable. “Para experimentar y estar seguros de que experimentamos y de lo que experimentamos, no hemos de menester sino la experiencia misma. Si se supone en duda el principio de contradicción, todavía no se hará vacilar la certeza de que sufrimos cuando sufrimos, de que gozamos cuando gozamos, de que pensamos cuando pensamos. La presencia del acto o de la impresión allá en el fondo de nuestro espíritu es íntima, inmediata, de una eficacia irresistible para hacer que nos sobrepongamos a toda duda. El sueño y la vigilia, la demencia y la cordura, son indiferentes para el testimonio de la conciencia; el error puede estar en el objeto, más no en el fenómeno interno. El loco que cree contar numerosas talegas, no las cuenta ciertamente, y en esto se engaña, pero tiene en su espíritu la conciencia de que lo hace, y en esto es infalible. El que sueña haber caído en manos de ladrones, se engaña en lo tocante al objeto externo, más no en lo que pertenece al acto mismo con que lo cree”.⁴⁶

42. Idem, *Filosofía fundamental*, en Idem, *Obras completas*, op. cit., vol. II, I, 15, p. 89.

43. Ibid., I, 1, nota, p. 14.

44. Ibid., I, 15, pp. 89-90.

45. Ibid., I, 19, p. 98.

46. Ibid., I, 15, p. 89.

El otro medio por el se capta la verdad es lo que Balmes denomina la *evidencia*, o la patentización de la verdad racional. “La evidencia anda siempre acompañada de la necesidad, y, por consiguiente, de la universalidad de las verdades que atestigua”.⁴⁷ No se refiere directamente a lo contingente y a lo individual, como la conciencia. Además: “La evidencia exige relación, porque implica comparación. Cuando el entendimiento no compara no tiene evidencia. tiene simplemente una percepción, que es un puro hecho de conciencia; por manera que la evidencia no se refiere a la sola percepción, sino que siempre supone o produce un juicio”.⁴⁸

Debe precisarse que: “Hay dos especies de evidencia: inmediata y mediata. Se llama evidencia inmediata a la que sólo ha menester la inteligencia de los términos, y mediata, la que necesita raciocinio. Que el todo es mayor que su parte es evidente con evidencia inmediata, que el cuadrado de la hipotenusa sea igual a la suma de los cuadrados de los catetos, lo sabemos por evidencia mediata, esto es, por raciocinio demostrativo”.⁴⁹

La evidencia va acompañada de la *creencia del valor objetivo* de las mismas ideas. “Nuestra inteligencia no se ha de limitar a un mundo puramente ideal y subjetivo, es preciso que no sólo sepamos que las cosas nos parecen tales con evidencia inmediata o mediata, sino que son en realidad, como nos parecen. Hay, pues, necesidad de asentir a la objetividad de las ideas, y nos hallamos con la irresistible y universal inclinación a este asenso”.⁵⁰

A tal inclinación Balmes denomina “instinto intelectual”, porque es un impulso natural de la razón que proporciona la certeza, independientemente de la conciencia y de la evidencia,⁵¹ aunque no es irracional, porque después es posible la reflexión racional sobre el mismo. “Toda verdad de sentido común puede sufrir el examen de la razón”.⁵² Este “impulso” responde a una ley natural de las facultades humanas, que llama “sentido común”, por su carácter pasivo y por ser general a toda la humanidad.

El sentido común no sólo se manifiesta en la objetividad del pensamiento, sino también en el del conocimiento sensible. “Las sensaciones, consideradas como puramente subjetivas, tampoco bastan para la necesidades de la vida sensitiva. Es preciso que estemos seguros de la correspondencia de nuestras sensaciones con un mundo exterior, no puramente fenomenal, sino real y verdadero. El común de los hombres (...) necesita estar enteramente seguro de que los cuerpos existen, de que las sensaciones tienen, en realidad, un objeto externo. Esta seguridad la poseen todos los hombres, asintiendo a la objetividad de las sensaciones, esto es, a la existencia de los cuerpos, con asenso irresistible”.⁵³

Como precisa Balmes: “La expresión sentido común significa una ley de nuestro espíritu, diferente en apariencia según son diferentes los casos a que se aplica, pero que en realidad, y a pesar de sus modificaciones, es una sola, siem-

47. *Ibid.*, I, 15, p. 91.

48. *Ibid.*, I, 24, p. 141.

49. *Ibid.*, I, 24, p. 142.

50. *Ibid.*, I, 32, p. 191.

51. Cf. *Ibid.*, I, 15, p. 93.

52. *Ibid.*, I, 32, p. 195.

53. *Ibid.*, I, 32, p. 192.

pre la misma, y consistente en una inclinación natural de nuestro espíritu a dar su asenso a ciertas verdades no atestiguadas por la conciencia ni demostradas por la razón; y que todos los hombres han de menester para satisfacer las necesidades de la vida sensitiva, intelectual o moral”.

Esta necesidad explica que tal dinamismo o finalismo se dé en el orden práctico. “El espíritu, dotado como está de libertad, ha de menester reglas para dirigirse; si los primeros principios intelectuales son necesarios para conocer, no lo son menos los morales para querer y obrar; lo que son para el entendimiento la verdad y el error, son para la voluntad el bien y el mal. A más de la vida del entendimiento hay la vida de la voluntad; aquél se anonada si carece de principios en que pueda estribar; ésta perece también como ser moral, o es una monstruosidad inconcebible, si no tiene ninguna regla cuya observancia o quebrantamiento constituya su perfección o imperfección. He aquí otra necesidad del asenso a ciertas verdades morales, y he aquí por qué encontramos también esa irresistible y universal inclinación al asenso”.⁵⁴

Asimismo, añade Balmes: “La fe en la autoridad humana nos ofrece otro caso de este instinto admirable. El individuo y la sociedad necesitan esta fe, sin ella, la sociedad y la familia serían imposibles; el mismo individuo estaría condenado al aislamiento, y, por tanto, a la muerte. Sin la fe en la palabra del hombre, el linaje humano desaparecería. Esta creencia tiene distintos grados según las diferentes circunstancias, pero existe siempre; el hombre se inclina a creer al hombre por un instinto natural ¿En qué se funda la fe en la autoridad humana? (...) ¿Cuál es la causa? Es que hay una necesidad, y a su lado el instinto para satisfacerla; el hombre necesita creer al hombre, y le cree. Y nótese bien: cuanto mayor es la necesidad, tanto mayor es la fe”.⁵⁵

6. *La realidad y la verdad*

El hombre puede acceder a la verdad por su conciencia y por sus facultades, pero la verdad está en la realidad, en la naturaleza. Como decía Aristóteles, frente a los sofistas: “Tú no eres verdaderamente blanco, porque nosotros pensemos que tú eres blanco, sino porque tú eres blanco, nosotros, los que lo afirmamos, nos ajustamos a la verdad”.⁵⁶

La verdad está también en el entendimiento. Está verdad de las facultades ha sido definida como “la conformidad del entendimiento y la cosa”.⁵⁷ Sin embargo, la verdad, que está en el entendimiento se funda en la verdad que está en la realidad, y no sólo en cuanto que la manifiesta, sino también en cuanto que el entendimiento por ser una realidad es a su vez verdadero, es un verdadero entendimiento, lo que requiere su conformidad o adecuación con la realidad, ya que: “a la naturaleza del intelecto le compete conformarse con las cosas”.⁵⁸ La verdad que está en la realidad queda de este modo definida como la conveniencia o adecuación de la misma realidad al entendimiento. En su conveniencia o repectividad al entendimiento, la realidad aparece como verdadera, en cuanto que es apta y adecuada para ser entendida, independientemente que lo

54. Ibid., I, 32, p. 190.

55. Ibid., I, 32, pp. 192-193.

56. ARISTÓTELES, *Metafísica*, IX, 10, 1051b 6.

57. SANTO TOMÁS, *Summa Theol*, q. 16, a. 2, in c.

58. Ibid., q. 9, a. 1, in c.

sea o no. Las cosas son cognoscibles. Sin esta aptitud de la naturaleza a ser entendida, no sería posible tal conocimiento. Si el mundo no fuese verdadero, adecuado a ser entendido, no podría actualizarse el mismo entendimiento.

Por esta primacía de la realidad sobre la verdad que está en el entendimiento, que, sin embargo, es la primera que conocemos o de la que tenemos más conciencia,⁵⁹ puede darse un tercer significado de verdadero. En esta nueva acepción, la verdad significa simple y absolutamente la realidad. Verdadero es, en este nuevo sentido, el mundo. Con este sentido fundamental, afirmó San Agustín que: "Verdadero es lo que es".⁶⁰

La regla de la verdad para el hombre es la misma realidad. Balmes comienza su obra *El Criterio*, destinada a enseñar a pensar bien con estas palabras: "El pensar bien consiste o en conocer la verdad o en dirigir el entendimiento por el camino que conduce a ella. La verdad es la realidad de las cosas. Cuando las conocemos como son en sí alcanzamos la verdad; de otra suerte caemos en el error".⁶¹ Con estas mismas definiciones, también termina la obra, al concluir: "Criterio es un medio para conocer la verdad. La verdad en las cosas es la realidad. La verdad en el entendimiento es conocer las cosas tales como son".⁶²

De ahí que: "Un entendimiento claro, capaz y exacto abarca el objeto entero, le mira por todos sus lados, en todas sus relaciones con lo que le rodea. La conversación y los escritos de estos hombres privilegiados se distinguen por su claridad, precisión y exactitud". Por otra parte: "El buen pensador procura ver en los objetos todo lo que hay, pero no más de lo que hay". Sin embargo: "Ciertos hombres tienen el talento de ver mucho en todo; pero les cabe la desgracia de ver todo lo que no hay y nada de lo que hay (...) Otros adolecen del defecto contrario: ven bien, pero poco; el objeto no se les ofrece sino por un lado; si este desaparece, ya no ven nada".⁶³

Debe advertirse que: "La vivacidad no es la penetración: la abundancia de ideas no siempre lleva consigo la claridad y exactitud del pensamiento; la prontitud del juicio suele ser sospechosa de error; una larga serie de raciocinios demasiado ingeniosos suele adolecer de sofismas, que rompen el hilo de la ilación y extravían al que se fía en ellos".⁶⁴

Generalmente el *entendimiento caviloso* choca con el sentido común, con el entendimiento en su actividad natural o espontánea. "La razón humana es de suyo tan cavilosa, poseen ciertos hombres cualidades tan a propósito para delumbrar, para presentar los objetos bajo el punto de vista que les conviene o los preocupa, que no es raro ver a la experiencia, al buen juicio, al tino, no poder contestar a una nube de argumentos especiosos otra cosa que: 'Esto no irá

59. Idem, *De Verit.*, q. 1, a. 5, ad 19.

60. SAN AGUSTÍN, *Soliloquia*. II, 5.

61. JAIME BALMES, *El Criterio*, en Idem, *Obras completas*, op. cit., vol. III, pp. 539-755., 1, p. 553. Para apoyar esta concepción de la verdad como realidad, Balmes cita la definición de San Agustín, en el siguiente pasaje: "*Verum est id quod est*, dice San Agustín (Lib. 2º, *Solil.*, cap. V). Puede distinguirse entre la verdad de la cosa y la verdad del entendimiento: la primera, que es la cosa misma, se podrá llamar objetiva; la segunda, que es la conformidad del entendimiento con la cosa, se apellidará formal o subjetiva" (Ibid., I, nota póstuma, p. 557).

62. Ibid., 22, 754.

63. Ibid., 3, p. 554.

64. Ibid., XXII, 7, p. 705.

bien; estos raciocinios no son concluyentes; aquí hay ilusión: el tiempo lo manifestará”.⁶⁵

Es preciso asimismo tener en cuenta que: “El hombre dominado por una preocupación no busca ni en los libros ni en las cosas que realmente hay, sino lo que le conviene parar apoyar sus opiniones. Y lo más sensible es que se porta de esta suerte a veces con la mayor buena fe, creyendo sin asomo de duda que está trabajando por la causa de al verdad. . La educación, los maestros y autores de quienes se han recibido las primeras luces sobre una ciencia, las personas con quienes vivimos de continuo o tratamos con más frecuencia, el estado o profesión y otras circunstancias semejantes contribuyen a engendrar en nosotros el hábito de mirar las cosas siempre bajo un mismo aspecto, de verlas siempre de la misma manera”.⁶⁶

También: “Hay ciertos entendimientos que parecen naturalmente defectuosos, pues tienen la desgracia de verlo todo bajo un punto de vista falso o inexacto o extravagante. En tal caso no hay locura ni monomanía; la razón no puede decirse trastornada, y el buen sentido no considera a dichos hombres como faltos de juicio. Suelen distinguirse por una insufrible locuacidad, efecto de la rapidez de percepción y de la facilidad de hilvanar raciocinios”.

Estos *entendimientos torcidos*: “Apenas juzgan de nada con acierto, y si alguna vez entran en el buen camino, bien pronto se apartan de él arrastrados por sus propios discursos. Sucede con frecuencia ver en sus razonamientos una hermosa perspectiva que ellos toman por un verdadero y sólido edificio; el secreto está en que han dado por incontestable un hecho incierto, o dudoso, o inexacto, o enteramente falso; o han asentado como principio de eterna verdad una proposición gratuita o tomado por realidad una hipótesis, y así han levantado un castillo que no tiene otro defecto que estar en el aire”.

Tales hombres: “Impetuosos, precipitados, no haciendo caso de las reflexiones de cuantos los oyen, sin más guía que su torcida razón, llevados por su prurito de discurrir y hablar, arrastrados, por decirlo así, en la turbia corriente de sus propias ideas y palabras, se olvidan completamente del punto de partida, no advirtiendo que todo cuanto edifican es puramente fantástico, por carecer de cimiento”.⁶⁷ En definitiva: “Son almas inquietas y ardientes que viven de contradecir y que a su vez necesitan contradicción. Cuando no la hay, cesa la pugna”.⁶⁸

Todos estos defectos revelan que: “Estos hombres suelen ser extremadamente vanos; una amor propio mal entendido les inspira el deseo de singularizarse en todo, y al fin llegar a contraer un hábito de apartarse de lo que piensan y dicen los demás, esto es, de ponerse en contradicción con el sentido común”.⁶⁹

65. Ibid., 22, pp. 705-706. Lo que se explica, porque: “Hay cosas que más bien se sienten que no se conocen; las hay que se *ven*, pero no se prueban; porque hay relaciones delicadas, hay minuciosidades casi imperceptibles, que no es posible demostrar con el discurso a quien no las descubre a la primera ojeada; hay puntos de vista sumamente fugaces que en vano se buscan por quien no ha sabido colocarse en ellos en el momento oportuno” (ibid., p. 706).

66. Ibid., 14, p. 638.

67. Ibid., 22, p. 707.

68. Ibid., 22, p. 709.

69. Ibid., 22, p. 708.

Siendo la verdad el bien del entendimiento, y, por tanto, necesaria para la orientación o la guía de la conducta humana: “Uno de los primeros cuidados que debe ocupar al hombre es tener bien arreglada esta luz. Si ella falta nos quedamos a oscuras, andamos a tientas, y por este motivo es necesario no dejarla que se apague. No debemos tener el entendimiento en inacción, con peligro de que se ponga obstuso y estúpido, y, por otra parte, cuando nos proponemos ejercitarle y avivarle conviene que su luz sea buena, para que no nos deslumbre; bien dirigida, para que no nos extravíe”.⁷⁰

Para ello, hay que advertir que: “Hay medios que nos *conducen* al conocimiento de la verdad, y *obstáculos* que nos impiden llegar a él”.⁷¹ Tanto el utilizar los primeros, como el evitar los segundos, requiere un esfuerzo de conocimiento y de voluntad.

7. El autococimiento

En primer lugar, debe seguirse el imperativo socrático del conocimiento de sí mismo. “El hombre en todas las condiciones sociales, en todas las circunstancias de la vida, es siempre hombre, es decir, una cosa muy pequeña. Poco conocedor de sí mismo, sin formarse por lo común ideas bastante claras, ni de la cualidad ni del alcance de sus fuerzas, creyéndose a veces más poderoso, a veces más débil de lo que es en realidad, encuéntrase con mucha frecuencia dudoso, perplejo, sin saber ni adónde va ni adónde ha de ir. Además, para él es a menudo un misterio qué es lo que le conviene; por manera que las dudas sobre sus fuerzas se aumentan con las dudas sobre su interés propio”.⁷²

Para Balmes es totalmente cierto que: “El hombre es hijo de sus obras”, tal como dice el refrán, porque: “En el mundo físico como en el moral, la casualidad no significa nada”. Hay a veces imprevistos, que conducen a la fortuna o al infortunio, pero no es lo general. En cambio: “¿Cuál es el desgraciado que lo sea por su culpa si nos atenemos a lo que nos dice él? Ninguno o casi ninguno. Y, no obstante, si nos es dable conocer a fondo su índole, su carácter, sus costumbres, su modo de ver las cosas, sus sistema en el manejo de los negocios, su trato, su conversación, sus modales, sus relaciones de amistad o de familia, raro será que no descubramos muchas de las causas, si no todas, de las que contribuyeron a hacerle infeliz”.⁷³

Debe tenerse en cuenta que: “La suerte próspera o adversa, rarísima vez depende de una causa sola; complícanse por lo común varias y de orden muy diverso; pero como no es fácil seguir el hilo de los acontecimientos al través de semejante complicación, se señala como causa principal o única lo que quizás no es otra cosa que un suceso determinante o una simple ocasión”.⁷⁴

Para alcanzar la verdad, por consiguiente: “Conviene sobremanera no perder jamás de vista aquella regla de los antiguos, tan profundamente sabia: ‘Cónócete a ti mismo’, *Nosce te ipsum*. Si bien hay ciertas cualidades comunes a todos los hombres, éstas toman un carácter particular en cada uno de ellos; cada

70. Ibid., 1, p. 556

71. Ibid., 2, p. 557.

72. Ibid., 22, p. 701.

73. Ibid., 22, pp. 701-702.

74. Ibid., 22, p. 702.

cual tiene, por decirlo así, un resorte que conviene conocer y saber manejar".⁷⁵

Esta fuerza básica es una *pasión*, una inclinación fuerte o un sentimiento, ambos difícil de controlar. "De esta pasión dominante se resienten todas las otras, ella se mezcla en todos los actos de la vida; ella constituye lo que se llama *carácter*". Según Balmes: "Si nouviésemos la funesta inclinación de huir de nosotros mismos, si la contemplación de nuestro interior no nos repugnase en tal grado, no nos sería difícil descubrir cuál es la pasión que en nosotros predomina. Desgraciadamente, de nadie huímos tanto como de nosotros mismos, nada estudiamos menos de lo que tenemos más inmediato y que más nos interesa (...) el hombre se abalanza, se pega a los objetos que le incitan, viviendo tan sólo con esa vida exterior que no le deja tiempo para pensar en sí mismo".⁷⁶

Afirma Balmes que: "Jamás el hombre medita demasiado sobre los secretos de su corazón; jamás despliega demasiada vigilancia para guardar las mil puertas por donde se introduce la iniquidad". Así, por ejemplo, el miedo se introduce como prudencia; la avaricia, como economía previsora; el orgullo, como respeto debido a la posición que se ocupa; la vanidad, como necesidad de conocer la opinión de los demás; la venganza, como justicia; el furor, como santa indignación; la pereza, como descanso; la envidia, como amor a la verdad; etc.

De manera que puede decirse que: "El hombre emplea la *hipocresía* para engañarse a sí mismo acaso más que para engañar a los otros. Rara vez se da a sí propio exacta cuenta del móvil de sus acciones, y por esto, aun en las virtudes más acendradas, hay algo de escoria". El motivo, confiesa Balmes, es el siguiente: "Nos esforzamos a engañarnos a nosotros mismos para no ponernos en contradicción demasiado patente con el dictamen de la conciencia (...) Cuéstale mucho al hombre parecer malo ni aun a sus propios ojos; no se atreve, se hace hipócrita".⁷⁷

Todas las pasiones pueden impedir el conocimiento de la verdad sobre nosotros mismos, sino también la de la realidad. "Si nuestra alma estuviese únicamente dotada de inteligencia, si pudiese contemplar los objetos sin ser afectada por ellos, sucedería que, en no alterándose dichos objetos, los veríamos siempre de una misma manera". No ocurre así, porque: "Los objetos son a veces los mismos y no obstante se ofrecen muy diferentes, no sólo a distintas personas, sino a una misma, sin que para esta mudanza sea necesario mucho tiempo (...) ¿Y cuál es la causa? Es que el corazón se ha puesto en juego, es que nosotros nos hemos mudado y nos parece que se han mudado los objetos".⁷⁸

Las facultades del hombre tendrían que estar de modo natural sujetas a la recta razón, sin embargo, es un hecho que se encuentran como insubordinadas respecto al fin que impone la razón práctica y, por tanto, disgregadas. Aristóteles ya advirtió que: "La naturaleza humana es esclava en muchos aspectos".⁷⁹

No obstante, también, como indica Balmes: "La experiencia nos enseña, que el hombre más mentiroso dice mayor número de verdades que de mentiras, y que el más malvado hace muchas más acciones buenas o indiferentes

75. Ibid., 22, p. 731.

76. Ibid., 22, p. 736.

77. Ibid., 22, pp. 730-731.

78. Ibid., 19, pp. 6667-668.

79. ARISTÓTELES, *Metafísica*, I, 2, 982b 25-29.

que malas. El hombre ama naturalmente la verdad y el bien, y no se aparta de ellos sino cuando las pasiones le arrastran y extravían”.⁸⁰

La *disposición del ánimo* es, por tanto, un obstáculo para acceder a la verdad. “Y aquí se encuentra la razón de que nos sea tan difícil sobreponernos a nuestra época, a nuestras circunstancias peculiares, a las preocupaciones de la educación, al influjo de nuestros intereses (...) Lo que está delante de nuestros ojos, lo que nos afecta en la actualidad, he aquí lo que comunmente decide de nuestros actos y aun de nuestras opiniones”.

Afortunadamente, sin embargo: “No llega por lo común a tan alto grado la exaltación de nuestros afectos que nos prive completamente del uso de la razón, para semejantes casos no hay nada que prescribir, porque entonces hay la enajenación mental, sea duradera o momentánea. Lo que hacen ordinariamente las pasiones es *ofuscar* nuestro entendimiento, torcer el juicio; pero no cegar del todo aquí ni destituírnos de éste. Queda siempre en el fondo del alma una luz que se amortigua, más no se apaga, y el que brille más o menos en las ocasiones críticas depende en buena parte del hábito de atender a ella, de reflexionar sobre nuestra situación, de saber dudar de nuestra aptitud para pensar bien en el acto, de no tomar los chispazos de nuestro corazón por la luz suficiente para guiarnos y de considerar que no son propios sino para deslumbrarnos”.⁸¹

Es posible, por tanto, adquirir conciencia de las propias pasiones. “Pero si el hombre no fija nunca su mirada en su interior, ni obra según le impelen las pasiones, sin cuidarse de averiguar de dónde nace el impulso, para él llegan a ser una misma cosa pasión y voluntad, dictamen del entendimiento e instinto de las pasiones. Así la razón no es señora, sino esclava; en vez de dirigir, moderar y corregir con sus consejos y mandatos las inclinaciones del corazón, se ve reducida a vil instrumento de ellas y obligada a emplear todos los recursos de su sagacidad para proporcionarles goces que las satisfagan”.⁸²

Las pasiones no deben quedar excluidas, sino *moderadas* y *dirigidas* por la razón. Incluso las mismas pasiones no sólo acompañan a las buenas acciones, sino que hasta son un *auxilio* para hacer el bien. Balmes propone el siguiente recurso: “El hombre, para seguir el camino de la virtud, combate las inclinaciones malas con las inclinaciones buenas”. Así, por ejemplo: “El amor de los placeres se neutraliza con el amor de la propia dignidad; el exceso del orgullo se templó con el temor de hacerse aborrecible; la vanidad se modera por miedo al ridículo; la pereza se estimula con el deseo de la gloria; la ira se enfrena por no parecer descompuesto; la sed de venganza se mitiga o extingue con la dicha y la honra que resultan de ser generoso. Con esta combinación, con la sagaz oposición de los sentimientos buenos a los sentimientos malos, se debilitan suave y eficazmente muchos de los gérmenes de mal que abraja el corazón humano, y el hombre es virtuoso sin dejar de ser sensible”.⁸³

Teniendo en cuenta el importante papel de las pasiones para la consecución de la verdad, Balmes propone estas tres reglas prácticas. Primera: “No juzgar ni deliberar con respecto a ningún objeto mientras el espíritu está bajo la influencia de una pasión relativa al mismo objeto”. Segunda: “Al sentirnos bajo

80. JAIME BALMES, *El Criterio*, op. cit., 7, p. 567.

81. *Ibid.*, 19, pp. 676-677.

82. *Ibid.*, 22, p. 733.

83. *Ibid.*, 22, p. 734-735.

la influencia de una pasión hemos de hacer un esfuerzo para suponernos, por un momento siquiera, en el estado en que su influencia no exista”, porque: “La fuerza de las pasiones se quebranta desde el momento que se encuentra en oposición con un pensamiento que se agita en la cabeza; el secreto de su victoria suele consistir en apagar todos los contrarios a ellas y avivar los favorables”. Tercera: el temor al ridículo “no sólo se emplea con fruto contra los demás, sino también contra nosotros mismos, viendo nuestros defectos por el lado que se prestan a la sátira”.⁸⁴

8. *El pensamiento y la realidad*

El autoconocimiento nos enseña, en definitiva, que, por una parte: “Es necesario tratar las cosas con arreglo a lo que son, no a lo que nos afectan, la verdad no está esencialmente en nuestras impresiones, sino en los objetos, cuando aquéllas nos ponen en desacuerdo con éstos nos extravían. El mundo real no es el mundo de los poetas y novelistas, es preciso considerarle y tratarle tal como es en sí, no sentimental, no fantástico, no soñador, sino positivo, práctico, prosaico”.⁸⁵ Por otra parte, que: “Las principales dotes de un buen entendimiento práctico son la madurez del juicio, el buen sentido, el tacto (...) Cuando se trata de llegar a la realidad es preciso no fijarse sólo en las ideas, sino pensar en los objetos (...) En la práctica es necesario pensar, no en lo que las cosas debieran o pudieran ser, sino en lo que son”.⁸⁶

Al pensar hay que situarlo en el amplio marco referencial del *realismo espontáneo*, que es así su perfección. No puede concebirse la sabiduría, como un conjunto de conocimientos separados del recto saber espontáneo y de los afanes ordinarios de la vida diaria. El conocimiento científico y cultural en general, no pueden representar una ruptura con el sentido común, la inteligencia espontánea de la persona; tampoco, una especie de salto cualitativo respecto a la razón natural; sino que son su perfeccionamiento gradual. El saber científico es el mismo conocimiento humano en un grado más profundo y cultivado.

No es posible abandonar nunca el entendimiento en su funcionamiento natural y espontáneo. El saber es una tarea naturalmente humana y, por ello, si sus tesis son contrarias a los principios de la recta razón natural no pueden aceptarse. El último tribunal apelable es el del sentido común y en sus dictámenes debe estar arraigado todo pensamiento.

Con esta condición, y además con la seriedad y la honestidad intelectual, siempre es necesario pensar. Sin olvidar la prudencia científica, el tener presente que: “La íntima naturaleza de las cosas nos es por lo común muy desconocida; sobre ella sabemos poco e imperfecto”.⁸⁷ Ni tampoco esta importante consecuencia: “Por lo común no es posible hablar de los seres sino con relación a las propiedades que están a nuestro alcance y de las que a menudo no discernimos si están radicadas en la esencia de la cosa o si son puramente accidentales”.⁸⁸

84. *Ibid.*, 22, pp. 375-377.

85. *Ibid.*, 22, p. 742.

86. *Ibid.*, 22 p. 708.

87. *Ibid.*, 12, p. 614.

88. *Ibid.*, 14, p. 630.

Como explica Santo Tomás: “En nuestro entendimiento el hecho de discurrir y el de componer y dividir provienen de la misma causa, o sea de que en la primera aprehensión del objeto que conoce no puede ver en el acto todo lo que virtualmente contiene, y esto debido a la debilidad de la luz intelectual que hay en nosotros”.⁸⁹

Esta imperfección se advierte en el modo de acceder a la verdad por el pensar, porque, como también indica el Aquinate: “Los hombres llegan al conocimiento de la verdad inteligible pasando de un concepto a otro, por lo cual se les llama racionales. Está claro, por tanto, que el raciocinar con respecto al entender es como el moverse con respecto al reposar, o como el adquirir es al poseer; lo primero es propio del ser imperfecto, lo segundo del ser perfecto”.⁹⁰

En cambio, por su mayor perfección: “El entendimiento angélico y el divino adquieren un conocimiento instantáneo y perfecto del objeto en su totalidad. De ahí que al conocer su esencia, conozcan simultáneamente de esa realidad cuanto nosotros podemos alcanzar mediante, composición, división y raciocinio”.⁹¹

Comenta Balmes sobre estos textos y otros análogos que: “Santo Tomás de Aquino desenvuelve sobre este particular (el pensar) una doctrina admirable. Según el santo Doctor, el discurrir es señal de poco alcance del entendimiento, es una facultad que se nos ha concedido para suplir a nuestra debilidad; y así es que los ángeles entienden, más no discurren. Cuanto más elevada es una inteligencia, menos ideas tiene, porque encierra en pocas lo que las más limitadas tienen distribuido en muchas”.⁹²

Confirma esta doctrina el siguiente hecho de experiencia: “Los genios superiores no se distinguen por la mucha abundancia de las ideas, sino en que están en posesión de algunas capitales, anchurosas, donde hacen caber al mundo (...) en todas las cuestiones hay un punto de vista principal; en él que se coloca el genio. Allí tiene la clave, desde allí, lo domina todo. Si al común de los hombres no les es posible situarse de golpe en el mismo lugar, al menos deben procurar llegar a él a fuerza de trabajo, no dudando que con esto se ahorrarán muchísimo tiempo y alcanzarán los resultados más ventajosos”.⁹³

Al hombre le es preciso pensar siempre, independientemente del esfuerzo que le suponga. Incluso, como advierte también el filósofo de Vich: “Si a causa de la debilidad de nuestras luces estamos precisados a valerlos de las ajenas, no las recibamos tampoco con innoble sumisión, no abdicemos el derecho de examinar las cosas por nosotros mismos, no consintamos que nuestro entusiasmo por ningún hombre llegue a tan alto punto, que, sin advertirlo, le reconozcamos como oráculo infalible. No atribuyamos a la criatura lo que es propio

89. SANTO TOMÁS, *Summa Theologiae*, I, q. 58, a. 4, in c.

90. *Ibid.*, I, q. 79, a. 8, in c.

91. *Ibid.*, I, q. 85, a. 5, in c.

92. JAIME BALMES, *El Criterio*, op. cit., 16, p. 654. En una nota se lee: “He recordado con elogio una doctrina de Santo Tomás, y no puedo menos de advertir lo muy útil que considero la lectura de las obras de aquel insigne doctor a cuantos deseen entregarse a estudios profundos sobre el espíritu humano. (...) Más de una vez se asombra el lector de que en medio de la ignorancia, que todavía era mucha en el siglo XIII, hubiese un hombre que a tan vasta erudición reuniese un espíritu tan penetrante, tan profundo, tan exacto” (*Ibid.*, 16, pp. 655-656).

93. *Ibid.*, 16, pp. 654-655. Sobre esta doctrina del Aquinate escribe: “¡Cuán sublime teoría! Ella sola vale un libro, ella prueba un profundo conocimiento de los secretos del espíritu; ella nos sugiere innumerables aplicaciones con respecto al entendimiento del hombre” (*Ibid.*, 16, p. 654).

del Criador".⁹⁴ Además: "Los hombres muy pensadores y ensimismados corren gran riesgo de caer en manías sabias, en ilusiones sublimes; que la mísera humanidad, por más que se cubra con diferentes formas según las varias situaciones de la vida, lleva siempre consigo su patrimonio de flaqueza".⁹⁵ No hay excusa nunca para no pensar por sí mismo.

9. La soberbia y la verdad

Para alcanzar la verdad también hay que evitar la soberbia o el deseo inmoderado de la propia perfección o excelencia, de la superioridad sobre todos los demás, a los que se desprecia. Según Balmes: "La exageración del amor propio, la *soberbia*, no siempre se presenta como un mismo carácter. En los hombres de temple fuerte y de entendimiento sagaz es *orgullo*, en los flojos y pocos avisados es *vanidad*. Ambos tienen un mismo objeto, pero emplean medios diferentes. El orgulloso sin vanidad tiene la hipocresía de la virtud, el vanidoso tiene la franqueza de su debilidad".⁹⁶

La vanidad o la vanagloria es, por tanto, el mero deseo desordenado de alabanza, honor y gloria; y el orgullo, la satisfacción por la propia perfección, a la que se considera merecida "El orgullo tiene más malicia, la vanidad más flaqueza; el orgullo irrita, la vanidad inspira compasión (...) la infancia tiene más vanidad que orgullo, y éste no suele desarrollarse sino en la edad adulta".

Los dos vicios se dan muchas veces conjuntamente, porque: "Si bien se mira, el orgullo y la vanidad son una misma cosa en distintas formas, es un mismo fondo que ofrece diversos cambiantes según el modo con que le da la luz. Este fondo es la exageración del amor propio, el culto de sí mismo. El ídolo está cubierto con tupido velo o se presenta a los adoradores con faz atractiva y risueña; mas por esto no varía, es el hombre que se ha levantado a sí propio un altar en su corazón, y se tributa incienso, y desea que se lo tributen los demás".⁹⁷ Son dos manifestaciones de al soberbia, que a su vez ha sido causada por el *egoísmo* o el amor desordenado de sí mismo

La soberbia acarrea los mayores daños. "El soberbio compra muy cara su satisfacción propia, y no advierte que la víctima que inmola a ese ídolo que ha levantado en su corazón son a veces sus intereses más caros, es la misma gloria en pos de la cual tan desalado corre".⁹⁸

Para no caer en los daños a que conduce "ese ensimismamiento, en ese goce de sí mismo, en que el amor propio se exagera hasta un punto lamentable, generando, por decirlo así, en egolatría",⁹⁹ es necesaria la *humildad*. "Virtud que nos hace conocer el límite de nuestras fuerzas, que nos revela nuestros propios defectos, que no nos permite exagerar nuestro mérito ni ensalzarnos sobre los demás, que no nos consiente despreciar a nadie, que nos inclina a aprovecharnos del consejo y ejemplo de todos, aun de los inferiores, que nos hace mirar como frivolidades indignas de un espíritu serio el andar en busca

94. Ibid., 18, p. 665.

95. Ibid., 5, p. 578.

96. Ibid., 22, pp. 711-712.

97. Ibid, 22, p. 714.

98. Ibid., 22, p. 710.

99. Ibid., 22, p. 711.

de aplausos, el saborearse en el humo de la lisonja, que no nos deja creer jamás que hemos llegado a la cumbre de la perfección en ningún sentido, ni cegarnos hasta el punto de no ver lo mucho que nos queda por adelantar y la ventaja que nos llevan otros".¹⁰⁰

La humildad no tiene que ser difícil, si se tiene en cuenta que: "Poco basta para extraviar al hombre, pero tampoco se necesita mucho para corregirle algunos defectos. Es más *débil* que malo, dista mucho de aquella terquedad satánica que no se aparta jamás del mal una vez abrazado; por el contrario, tanto el bien como el mal los abraza y los abandona con suma facilidad. Es *niño* hasta la vejez, preséntandose a los demás con toda la seriedad posible, más en el fondo se encuentra a sí propio pueril en muchas cosas y se avergüenza. Se ha dicho que ningún grande hombre le parece grande a su ayuda de cámara, esto encierra mucha verdad. Y es que visto el hombre de cerca se descubren las pequeñeces que le rebajan. Pero más cosas sabe él de sí mismo que su ayuda de cámara, y por esto es todavía menos grande a sus propios ojos".

En cierto sentido, el hombre no abandona nunca la niñez. Si los niños: "No se acuerdan del momento anterior ni piensan en el venidero, sólo se rigen por la impresión que actualmente experimentan. ¿No hace esto mismo millares de veces el hombre más serio, más grave y sesudo?".¹⁰¹ El niño actúa cediendo a sus impulsos o por motivos puramente externos, y "tal es el hombre; la menor cosa le desconcierta, le hace otro. Unido su espíritu a un cuerpo sujeto a mil impresiones diferentes, que se suceden con tanta rapidez y se reciben con igual facilidad que los movimientos de la hoja de un árbol, participa en cierto modo de esa inconstancia y variedad, trasladando con harta frecuencia a los objetos las mudanzas que sólo él ha experimentado".¹⁰²

La conciencia de esta niñez perpetua le ayuda a conseguir la humildad. "Esa virtud, que bien entendida es la verdad, pero la verdad aplicada al conocimiento de lo que somos, de nuestras relaciones con Dios y con los hombres, la verdad guiando nuestra conducta para que no nos extravién las exageraciones del amor propio".¹⁰³ Si la humildad es el el justo conocimiento de la situación del ser humano en la realidad, puede decirse que la humildad se identifica con la verdad. Afirmación que expresa el conocido texto de Santa Teresa de Jesús: "La humildad es andar en verdad; que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira".¹⁰⁴ Su sentido, como ha advertido Francisco Canals, es que: "Sólo la humildad nos hace vivir en la verdad".¹⁰⁵

Sin embargo, escribe Balmes, respecto a la soberbia: "Puede asegurarse, sin temor de errar, que ésta es la pasión más general, la que admite menos excep-

100. *Ibid.*, 22, pp. 709-710.

101. *Ibid.*, 22, p. 738.

102. *Ibid.*, 22, p. 740.

103. *Ibid.*, 22, p. 710.

104. SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas del castillo interior*, en *Obras Completas.*, Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid 1979, 6ª ed., 363-450, Moradas sextas, c. 10, 8.

105. CANALS VIDAL, FRANCISCO *La verdad en el misterio de la Navidad*, en *Encuentro entre la filosofía y el arte*, Barcelona 1986, 17-24, p. 22. Seguidamente, indica que a veces se utiliza esta afirmación como justificación del reconocimiento de las cualidades propia. "Tenemos aquí un caso típico de verdad parcializada, con riesgo de ser usada contra la verdad plena a que nos quiere invitar Santa Teresa de Jesús" (*Ibid.*, p. 23).

ciones, quizás ninguna, aparte de las almas privilegiadas sumergidas en la purísima llama de un amor celeste. La soberbia ciega al ignorante como al sabio, al pobre como al rico, al débil como al poderoso, al desventurado como al feliz, a la infancia como a la vejez; domina al libertino, no perdona al austero, campea en el gran mundo y penetra en el retiro de los claustros; rebosa en el semblante de la altiva señora, que reina en los salones por la nobleza de su linaje, por sus talentos y hermosura, pero se trasluce también en la tímida palabra de la humilde religiosa, que, salida de familia obscura, se ha encerrado en el monasterio, desconocida de los hombres, sin más porvenir en la tierra que una sepultura ignorada”.

La soberbia, añade: “Es un reptil, que, si le arrojamos de nuestro pecho, se arrastra y enrosca a nuestros pies, y cuando pisamos un extremo de su flexible cuerpo se vuelve y nos hiere con empozoñada picadura”. Concluye, por ello, que: “Siendo ésta una de las miserias de la flaca humanidad, preciso es resignarse a luchar contra ella toda la vida; pero es necesario tener siempre fija la vista sobre el mal, limitarle al menor círculo posible, y ya que no sea dado a nuestra debilidad el remediarlo todo, al menos no dejarle que progrese, evitar que cause los estragos que acostumbra. El hombre que en este punto sabe dominarse a sí mismo tiene mucho adelantado para conducirse bien; posee una cualidad rara que luego producirá sus buenos resultados, perfeccionando y madurando el juicio, haciendo adelantar en el conocimiento de las cosas y de los hombres y adquiriendo esa misma alabanza que tanto más se merece cuanto menos se busca”.¹⁰⁶

10. *La pereza y la verdad*

Además del vicio de la soberbia, lleva igualmente al error el opuesto por defecto de aspiración a la excelencia, el vicio de la *pusulaminidad* o debilidad de ánimo. La humildad no suprime el deseo del propio bien, únicamente lo modera o equilibra. La humildad no lleva a la debilidad de la voluntad, al desánimo o a la pereza.

Ambas exageraciones, por exceso y por defecto, no son raras. “El hombre se forma mil ilusiones, que le hacen equivocarse sobre el alcance de sus fuerzas y la oportunidad de desplegarlas. Sucede con mucha frecuencia que la vanidad las exagera, pero como el corazón humano es un abismo de contradicciones, tampoco es raro el ver que la pusilanimidad las disminuye más de lo justo. Los hombres levantan con demasiada facilidad encumbradas torres de Babel, con la insensata esperanza de que la cima podrá tocar el cielo; pero también les acontece desistir, pusilánimes, hasta de la construcción de una modesta vivienda. Verdaderos niños que ora creen poder tocar al cielo con la mano en subiendo a una colina, ora toman por estrellas que brillan a inmensa distancia, en lo más elevado del firmamento, bajas y pasajeras exhalaciones de la atmósfera subllunar. Quizás se atreven a más de lo que pueden, pero a veces no pueden porque no se atreven”.¹⁰⁷

Hay que reconocer que la soberbia es el mayor mal en que puede caer el hombre, pero la *pereza*, para Balmes, casi está a su altura. “El hombre ama las

106. *Ibid.*, 22, pp. 714-715.

107. *Ibid.*, 22, p. 716.

riquezas, la gloria, los placeres, pero también ama mucho el no hacer nada; esto es para él un verdadero goce, al que sacrifica a menudo su reputación y bienestar. Dios conocía bien la naturaleza, cuando le castigó con el trabajo; el comer el pan con el sudor de su rostro es para el hombre una pena continua y frecuentemente muy dura". Además: "La pereza, es decir, la pasión de la inacción, tiene para triunfar una ventaja sobre las demás pasiones, y es el que no exige nada: su objeto es una pura negación (...) Todas las pasiones, para el logro de su objeto, exigen algo; sólo la pereza no exige nada (...) Parece ser la tendencia a la misma nada; la nada es al menos su solo límite, cuanto más se acerca a ella el perezoso, en su modo de ser, mejor está".¹⁰⁸

La pereza se disfraza a veces de ocupación, y así: "La inconstancia, que en apariencia no es más que un exceso de actividad, pues que nos lleva continuamente a ocuparnos de cosas diferentes, no es más que la pereza bajo un velo hipócrita. El inconstante substituye un trabajo a otro, porque así se evita la molestia que experimenta con la necesidad de sujetar su atención y acción a un objeto determinado".¹⁰⁹ Así se explica que: "El pasear, el hablar, el disputar, son sin duda ejercicio de facultades del espíritu y del cuerpo, y no obstante, en el mundo abundan los amigos de pasear, los habladores y disputadores, y escasean los verdaderamente laboriosos. Y esto ¿por qué? Porque el pasear y hablar y disputar son compatibles con la *inconstancia*, no exigen *esfuerzo*, consienten variedad continua, llevan consigo naturales alternativas de trabajo y descanso enteramente sujetas a la voluntad y al *capricho*".¹¹⁰

Para acceder a la verdad se debe, por consiguiente: "Evitar la pusilanimitad sin fomentar la presunción, sostener y alentar la actividad sin inspirar vanidad, hacer sentir al espíritu sus fuerzas sin cegarle con el orgullo, he aquí una tarea difícil en la dirección de los hombres y más todavía en la dirección de sí mismo". Para esta dificultad de conseguir el justo medio de la virtud se posee la *razón*. Puede decirse que: "La razón es un monarca condenado a luchar de continuo con las pasiones sublevadas (...) En vano se intenta en nuestro siglo proclamar al omnipotencia de las pasiones y lo irresistible de su fuerza para triunfar sobre la razón".¹¹¹ No se puede eliminar totalmente a la razón, ni en la sociedad ni en el individuo, porque el hombre nunca puede prescindir de emplear su razón, ya sea para prefijarse los fines como para elegir los medios más a propósito para llegar a ellos.

En el mundo, tanto material como espiritual, existe un perfecto equilibrio, que si se rompe se recupera con el correspondiente contrapeso. De ahí que: "No hay falta sin castigo; el universo está sujeto a una *ley de armonía*; quien la perturba sufre. Al abuso de nuestras facultades físicas sucede el dolor, a los extravíos del espíritu siguen el pesar y remordimiento".¹¹²

Hay que reconocer que, en el orden moral, el hecho de que: "El hombre

108. *Ibid.*, 22, pp. 718-719

109. *Ibid.*, 22, p. 720.

110. *Ibid.*, 22, p. 721.

111. *Ibid.*, 22, pp. 721-722.

112. *Ibid.*, 22, p. 723. Así, por ejemplo: "En el trato, en la literatura, en las artes, el excesivo deseo de agradar produce desagrado, el afán de ofrecer cosas demasiado exquisitas fastidia, lo ridículo está junto a lo sublime; lo delicado no dista de lo empalagoso, el prurito de ofrecer cuadros simétricos suele conducir a contrastes disparatados" (*Ibid.*)

virtuoso se halle muchas veces en posición sumamente desventajosa para competir con un adversario inmoral (...) pero si bien esto es verdad considerando un negocio aislado, no lo es menos que, andando el tiempo, los inconvenientes de la virtud se compensan con las ventajas, así como las ventajas del vicio se compensan con los inconvenientes, y que en último resultado un hombre verdaderamente recto llegará a lograr el fruto de su rectitud alcanzando el fin que discretamente se proponga, y que el inmoral expiará tarde o temprano sus iniquidades, encontrando la perdición en la extremidad de sus malos y tortuosos caminos". Todo ello se explica, porque: "Dios no ha dejado indefensas sus leyes; a todas las ha escudado con el justo castigo, castigo que, por lo común, se experimenta ya en esta vida".¹¹³

11. *La verdad y la fuerza de voluntad*

La cortedad de ánimo y de las aspiraciones normalmente es infundada, porque: "El hombre tiene siempre un gran caudal de fuerzas sin emplear, y el secreto de hacer mucho es acertar a explotarse a sí mismo. Para convencerse de esta verdad basta considerar cuánto se multiplican las fuerzas del hombre que se halla en aprieto: su entendimiento es más capaz y penetrante, su corazón más osado y emprendedor, su cuerpo más vigoroso; y esto ¿por qué? ¿Se crean acaso nuevas fuerzas? No, ciertamente: solo se despiertan, se ponen en acción, se aplican a un objeto determinado".

El motivo es porque: "El aprieto agujonea la voluntad, y ésta despliega, por decirlo así, toda la plenitud de su poder: quiere el fin con intensidad y viveza, manda con energía a todas las facultades que trabajen por encontrar los medios a propósito y por emplearlos una vez encontrados, y el hombre se asombra de sentirse otro, de ser capaz de llevar a cabo lo que en circunstancias ordinarias le parecería del todo imposible".¹¹⁴

Este hecho muestra que el ejercicio de la voluntad es muy necesario. "La firmeza de voluntad es el secreto de llevar a cabo las empresas arduas; con esta firmeza comenzamos por *dominarnos a nosotros mismos*, primera condición para dominar los negocios. Todos experimentamos que en nosotros hay dos hombres: uno inteligente, activo, de pensamientos elevados, de deseos nobles, conformes a la razón, de proyectos arduos y grandiosos, otro torpe, soñoliento, de miras mezquinas, que se arrastra por el polvo cual inmundo reptil, que suda de angustia al pensar que se le hace preciso levantar la cabeza del suelo (...) Para todo adelanto, sólido y estable conviene desarrollar al hombre noble y sujetar y dirigir al innoble con la firmeza de la voluntad. Quien se ha dominado a sí mismo domina fácilmente el negocio y a los demás que en él toman parte. Porque es cierto que una voluntad firme y constante, ya por sí sola, ejerce poderoso ascendiente sobre los ánimos y los sojuzga y avasalla".¹¹⁵

La firmeza de voluntad no es *terquedad*, con la que no se atiende a la prudencia y se mantiene obstinadamente la propia resolución, ni tampoco *inconstancia*.

113. Ibid., 22, p. 724. Entre otros ejemplos cita el siguiente: "El avaro acumula tesoros temiendo la pobreza, y en medio de sus riquezas sufre los rigores de al misma pobreza que tanto le espanta; él se condena a sí mismo a todos ellos" (Ibid., p. 723).

114. Ibid., 22, p. 749.

115. Ibid., 22, p. 750.

La estabilidad y la constancia prudente de la voluntad son fruto de certezas seguras de la razón. “Conciencia tranquila, designio premeditado, voluntad firme; he aquí las condiciones para llevar a cabo las empresas. Esto exige sacrificios, es verdad, esto demanda que el hombre se venza a sí mismo, es cierto, esto supone mucho trabajo interior, no cabe duda; pero en lo intelectual, como en lo moral, como en lo físico, en lo temporal como en lo eterno, está ordenado que no alcanza la corona quien no arrostra la lucha”. La fuerza de voluntad requiere también la pasión, “pero es una pasión constante, con dirección fija, sometida a regularidad”.¹¹⁶

La fuerza de voluntad, por consiguiente: “Necesita dos condiciones, o más bien resulta de la acción combinada de dos causas: una idea y un sentimiento. Una *idea* clara, viva, fija, poderosa, que absorba el entendimiento, ocupándole todo, llenándole todo. Un *sentimiento* fuerte, enérgico, dueño exclusivo del corazón y completamente subordinado a la idea”.¹¹⁷

Confiesa Balmes que: “Es increíble lo que pueden esas fuerzas reunidas y lo extraño es que su poder no es sólo con respecto al que las tiene, sino que obra eficazmente sobre los que le rodean. El ascendiente que llega a ejercer sobre los demás un hombre de esta clase es superior a todo encarecimiento. Esa fuerza de voluntad, sostenida y dirigida por la fuerza de una idea, tiene algo de misterioso que parece revestir al hombre de un carácter superior y le da derecho al mando de sus semejantes: inspira una confianza sin límites, una obediencia ciega a todos los mandatos del héroe. Aun cuando sean desacertados, no se los cree tales, se considera que hay un plan secreto que no se concibe”.¹¹⁸

En conclusión: se necesita el entendimiento, las pasiones y la voluntad, para el acceso a la verdad, sea de la clase que sea, porque: “Al hombre le han sido dadas muchas facultades. Ninguna es inútil. Ninguna es intrínsecamente mala. La esterilidad o malicia les vienen de nosotros, que las empleamos mal (...)”

116. *Ibid.*, 22, pp. 751-752.

117. *Ibid.*, 22, p. 753. Enseña también Santo Tomás que: “No es función de la virtud el privar de sus propias actividades a las potencias subordinadas a la razón, sino el obligarlas a ejecutar las órdenes de la razón realizando sus propios actos” (*Summa Theologiae*, I-II, q. 59, a. 5, in c.). Por ello, en el orden sensible, la virtud no sólo no suprime las pasiones, sino que incluso las produce cuando faltan, porque: “La buena operación del hombre siempre va acompañada de pasión, así como es siempre producida con ayuda del cuerpo” (*Ibid.*, ad 3). De ahí que a una virtud como la de la justicia, que no se refiere a deseos sensibles, sino que ordena los deseos de la voluntad, facultad espiritual, exige igualmente para su perfección la pasión por lo justo como tal. “Así como es mejor que el hombre no sólo quiera el bien, sino que lo realice por un acto exterior, así también pertenece a la perfección del bien moral el que el hombre se mueva al bien no sólo según su voluntad, sino también según el apetito sensitivo” (*Ibid.*, I-II, q. 24, a. 3, in c.).

118. *Ibid.*, 22, p. 754. Añade que: “Para los usos comunes de al vida no se necesitan estas cualidades en grado tan eminente; pero el poseerlas del modo que se adapte al talento, índole y posición del individuo es siempre muy útil y en algunos casos necesario. De esto dependen en gran parte las ventajas que unos llevan a otros en la buena dirección y acertado manejo de los asuntos, pudiéndose asegurarse que quien esté enteramente falto de dichas cualidades será hombre de poco valer, incapaz de llevar a cabo ningún negocio importante. Para las grandes cosas es necesaria gran fuerza, para las pequeñas basta pequeña; pero todas han de menester alguna (...) El hombre grande como el vulgar se dirigen por el pensamiento y se mueven por la voluntad y las pasiones. En ambos la firmeza de la idea y la fuerza del sentimiento son los dos principios que dan a la voluntad energía y firmeza. Las piedrezuelas que arrebatan el viento están sometidas a las mismas leyes que la masa de un planeta” (*Ibid.*).

Cuidar de la una y no de la otra es a veces esterilizar la segunda y malograr la primera”.

Además, las tres deben estar sujetas a su orden.”El hombre es un mundo pequeño: sus facultades son muchas y muy diversas; necesita armonía, y no hay armonía sin atinada combinación, y no hay combinación atinada si cada cosa no está en su lugar, si no ejerce sus funciones o las suspende en el tiempo oportuno”. Toda esta ordenación puede sintetizarse así: “El entendimiento, sometido a la verdad; la voluntad, sometida a la moral; las pasiones, sometidas al entendimiento y a la voluntad”.¹¹⁹ Con estas condiciones, el “hombre completo” llega sin obstáculos a la verdad, continuamente liberadora y benefactora, porque, la verdad, siempre y en cualquier grado es un bien, que perfecciona al ser humano.

DR. EUDALDO FORMENT
Universidad de Barcelona

119. Ibid., 22, p. 755.